

ría existir en México? Todo esto que surge en Estados Unidos y prolifera también en América Latina y Europa: los programas de TV para reunir gente que ha estado peleada, para dar a conocer infidelidades y provocar escándalos frente a la cámara. En literatura también se ha publicado de todo. Kafka quería destruir sus manuscritos, pero no lo hizo. Entonces, podemos pensar que quería que se publicaran, ¿no? Ángel Rama, por ejemplo, en su diario fue muy cauteloso, no hay nada íntimo, esto indica que él tenía la idea de que eso se iba a publicar en algún momento, no es que lo escribiera para que fuese publicado, pero creo que habrá pensado que ese material corría el riesgo de ver la luz y, ante esta posibilidad, fue muy cauteloso. De cualquier forma, las cartas de Rulfo reflejan al hombre, *Pedro Páramo* su literatura.

—¿Cuáles fueron las tensiones que lo llevaron a trasladarse de un país a otro hasta recalar en Estados Unidos, donde vive actualmente?

—Para irme a México, la dictadura en el Uruguay y, muy pronto, la dictadura en la Argentina. Yo estaba trabajando en el Uruguay y en la Argentina como profesor adjunto de la cátedra de Noé Jitrik. Pero vi que la situación empeoraba. Entonces, me adelanté a la instauración de la dictadura y me fui. Más o menos al año de estar yo en México, Jitrik también tuvo que irse de Buenos Aires y coincidimos, yo estaba en Xalapa y Jitrik en la ciudad de México. Y esto fue como consecuencia del endurecimiento de la situación política en el Río de la Plata. En México tuve muy buenas épocas, es un país al que le estoy muy agradecido por todo lo que me permitió trabajar. Llegué cuando el país estaba muy abierto a los extranjeros, aunque en la última época se cerraron. Esto no me afectó a mí de manera directa, porque me nacionalicé mexicano. Pero el día en que me nacionalicé fue cuando varios amigos me empezaron a llamar «el uruguayo». Yo les decía: tú eres mexicano porque tuviste el accidente de nacer en México, pero yo pedí ser mexicano. Lo que quiero decir es que la reacción de los mexicanos es muy compleja cuando uno se implanta en su sociedad y, en especial, cuando hace cosas, cuando trabaja. A nivel laboral nunca tuve problemas, siempre me llevé bien con mis colegas, con mis jefes, con los rectores de la universidad. Fui muy amigo de los rectores, del gobernador, del último que me tocó, aunque éramos opuestos ideológicamente. Una vez me mostró el *Wall Street Journal* y me dijo: esto es la literatura. Otra vez me preguntó en qué estaba trabajando y yo le respondí: en Roa Bárcena, que es un reaccionario. Y él me contestó: Ah, de los míos. Era un gobernador que se las traía y que no ocultaba su filiación ideológica. Como yo estaba en pro-

vincia, en Xalapa, no tuve un contacto estrecho con el clima intelectual, cultural de México. Nunca entré en las famosas capillas de Octavio Paz y del grupo de Carlos Monsiváis, quienes, por otra parte, se reunían a almorzar con frecuencia. Es decir, las capillas eran una cosa, pero ellos tenían relación, lo supe por Monsiváis. Además he visto a Monsiváis cargando las obras completas de Octavio Paz, y es un hombre que admira y que ha admirado siempre a Paz.

—*¿Octavio Paz era una especie de emperador del ambiente cultural mexicano, como suelen definirlo algunos? ¿Esto hacía que Rulfo estuviera distanciado de él?*

—No sé si tanto, pero ejercía un poder cultural y económico importante a través de la revista y era el que organizaba algunos congresos. Bueno, hubo aquel famoso congreso en el que Mario Vargas Llosa tuvo que irse rápidamente por asuntos familiares, después de declarar que el PRI era la dictadura más perfecta. Y ese Congreso estuvo organizado por la gente de Octavio Paz. ¿Y quién le pidió a Vargas Llosa que se fuera inmediatamente?, supongo que alguno de los organizadores. En la medida en que Octavio Paz manejaba férreamente un poder cultural, en lo ideológico no coincidía con Rulfo. Tanto en sus manifestaciones verbales como escritas, Rulfo siempre se declaró como un hombre de izquierda. Octavio Paz, no. Rulfo nunca manejó revistas ni cenáculos ni grupos. Paz, sí. Además, estaba cerca de los presidentes y secretarios de Educación. Estaba, digamos, cerca del aparato de poder. Rulfo era un individuo aislado. Tenía admiradores diversos, pero nunca perteneció a un grupo de poder.

—*Se dice que Paz creó escuela y Rulfo no, que los rulfianos son sólo malos imitadores. ¿Qué opina usted?*

—Rulfo creó escuela. Jesús Gardea es rulfiano y buen escritor. Hay escritores buenos en un estilo rulfiano. Pero tampoco creo que haya poetas al estilo de Octavio Paz. En lo personal, prefiero la poesía de Jaime Sabines a la de Paz. Cuando hablábamos de grandes poetas con mis amigos mexicanos que admiraban a Octavio Paz, yo les recitaba poemas completos de César Vallejo. Luego, les decía: repítame un poema de Paz. Así como yo me acuerdo de éste y de aquel otro de Rubén Darío, dime tú uno de Paz. Pero no podían. Había una gran admiración hacia Paz, pero no había un uso memorioso, amoroso de su poesía.

—¿Era mejor ensayista que poeta?

—Para mí era excelente ensayista, aunque me pusiera furioso leerlo. Pero uno advertía que había en sus páginas mucha brillantez. Era brillante, sin lugar a dudas. Manejaba el lenguaje maravillosamente. Y no digo que no sea un gran poeta, pero no está tan cerca del afecto como otros, como el propio Rubén Darío en su época patética, en los poemas menos frívolos, de su último período, o como Vallejo. Vallejo era hermético y, a pesar de ello, su poesía es leída, sigue siendo leída y recordada. También la de Idea Vilariño y Alejandra Pizarnik, poetas a quienes los lectores regresan. Y ya no es leer para conocer a estos poetas, sino para volver a frecuentarlos. Por otra parte, hay un episodio que me tocó vivir a mí con Paz que me dejó mal sabor de boca. Estaba Onetti detenido, era muy reciente mi llegada a México, yo fui a visitar a Octavio Paz y le sugerí hacer una carta por Onetti o mandar un telegrama a Bordaberry que era el presidente del Uruguay en ese momento. Y me acuerdo que me dijo: el día en que Monsiváis haga lo mismo con Rusia (estaba detenido Soljenitsyn), entonces yo lo hago por Onetti, y a mí me pareció que eso no era digno de un gran poeta. Después, es cierto que publicó algo en *Plural* sobre lo que le estaba pasando a Onetti, pero el hecho de que me hubiera dicho eso, me decepcionó mucho.

—¿Quiénes son los otros escritores con los que mantuvo una relación de amistad?

—Además de Rulfo y Onetti, Monterroso. Cortázar, a quien traté menos que a los otros, pero con quien tuve buena comunicación. Recuerdo que visitó Xalapa. García Márquez, José Revueltas. A Revueltas también lo traté poco, porque murió en 1976. Lo conocí en el 75, cuando llegué a la Universidad de Xalapa como profesor. Revueltas era un tipo fuera de serie, una mente incomparable, un filósofo, y no porque hubiera tomado clases, se había hecho a sí mismo, sencillamente era un filósofo natural. Fue un impacto. Me ha dado momentos de felicidad conocer a estos escritores, conocer a Jaime Sabines. También estuvo en Xalapa. Fue con sus dos hijas. A la hora de la cena mandó a las hijas a su habitación, porque era un padre muy celoso, no quería que los profesores, algunos de ellos jóvenes en ese tiempo, estuviéramos en la misma mesa cenando con sus hijas. Sus hijas tendrían unos quince años. Era un padre mexicano celoso. Me encanta leer a Sabines. También conocí a Salvador Elizondo, que tiene una literatura muy peculiar, llena de humor extraño. Juan García Ponce, a quien traté bastante y visité muchas veces.

—¿Qué libros se llevaría a la isla proverbial de la que hablaba Cortázar?

—Más bien me llevaría un cuaderno en blanco o unas películas. Bueno, quizá *Pedro Páramo*, *El astillero*, *La vida breve* y algunos cuentos de García Márquez, y la poesía completa de Vallejo.

—Y mientras tanto, ¿qué es lo que despierta su interés literario en estos momentos?

—Me gusta mucho leer esos autores nacidos a partir de los 60. También estoy leyendo a gente un poco mayor, como Roberto Bolaño, que me interesa y me divierte mucho leerlo, incluso descubrirle gajes. Por ejemplo, sobre uno de sus personajes principales en *Los detectives salvajes*, a quien después le dedica una novela completa, una mujer que yo pienso que él no conoció, porque hay un elemento fundamental en ella que no aparece en *Los detectives salvajes* y sí aparece en el otro libro. Se ve que alguien le dijo: te faltó tal rasgo fundamental en ese personaje, se nota que él no la conocía. Porque cualquiera que la hubiera conocido, yo la conocí a ella, no podía obviar este elemento. A la mujer, que era uruguaya, poeta, le faltaban los dientes de adelante, entonces siempre hablaba tapándose la boca. Ella era una persona encantadora, muy conversadora, pero siempre llevaba algo, por ejemplo los manuscritos de sus poemas, y con ellos se tapaba. Habían hecho colectas para comprarle los dientes que le faltaban, pero no quiso, no aceptó el dinero. Bueno, no es un gaje. Bolaño cuenta la historia dos veces, pero en *Los detectives salvajes*, se olvida de este rasgo característico del personaje. Volviendo a la pregunta, la literatura latinoamericana sigue siendo muy buena, lo que no hay ahora es todo ese aparato que levantó a García Márquez, a Vargas Llosa; tampoco está ese eje Cuba-Barcelona, con sus premios y sus grandes promotores para dar otro *boom*.

—¿Cuál es el estado de la crítica actual? ¿Hay críticos importantes como fue Ángel Rama?

—Ah, no, el día que murió Rama se devaluó la realidad cultural, se fue la mitad de la crítica latinoamericana del siglo XX. Porque él mantenía un nivel y había mucha gente a su alrededor, bajo su alero, digamos. Creo que fue el intelectual más brillante y con más posibilidades de acompañar críticamente la literatura en su proceso: García Márquez, Cortázar. Muchos escribían sobre estos escritores, pero era Rama quien daba el enfoque diferente.

—¿Y Emir Rodríguez Monegal?

—Claro, también. A Emir le gustaba decir de Rama que era un publicista. Yo creo que era Emir el gran publicista, con sus revistas, con su actividad, su erudición incomparable. Era más superficial, no tenía tantas teorías, manejaba más el dato que la interpretación. Pero así y todo la labor que hizo fue muy buena. Creo que después no ha habido continuadores de esa talla.

—¿Son buenos críticos literarios los uruguayos?

—Bueno, además de Emir y de Rama, está Rubén Cotelo, un poco más joven que los de esa generación. Carlos Martínez Moreno, Mario Benedetti, todo lo que se llamó generación del 45 venía muy bien preparada para la crítica literaria, podían ayudar al entendimiento de lo que se estaba escribiendo. En este momento no están las revistas que servían de soporte para la evolución de la crítica. La televisión, que es ahora la que monopoliza la atención, no sirve para la crítica. Los periódicos tampoco, ya no hay grandes páginas literarias, excepto la que dirige Homero Alsina Thevenet, el suplemento de *El País Cultural* en Uruguay, pero es un ave que no hace verano, es una. No sé cómo está la cosa en Venezuela y en otros países. Pero hubo una época en la que revistas culturales, como *Plural* y *Vuelta* en México o las de Monsiváis, mantenían una tensión sobre la crítica. Ahora la crítica es más escolástica, está más en torno a las universidades, más tipo norteamericana. Aparecen libros sobre escritores, pero no hay esa tarea de humus que va acompañando a la literatura, que tiene que ser diversa, amplia y estar en todos los periódicos y revistas. No sé cómo está la situación en España para la propia literatura española. Pero en América Latina la situación es ésta.

—¿Tiene que ver con la situación económica o con un declive de la actividad y de sus hacedores?

—Piense en lo que pasa en la Argentina; en Uruguay es lo mismo; Brasil, parecido, aunque tiene más actividad en revistas y páginas literarias. Pero ¿dónde más? En México disminuyó. Pero hay críticos, quiero creer que hay críticos.